

LA EUCARISTÍA,
MEDICINA DE INMORTALIDAD



Colección “Raíces de la fe”

TOMÁŠ ŠPIDLÍK

LA EUCARISTÍA,
MEDICINA
DE INMORTALIDAD



Ciudad Nueva

Imagen de cubierta:
Detalle de una pintura de Marko I. Rupnik

Título original: *L'eucarestia. Farmaco d'immortalità*

© 2005, Lipa Edizioni
via Paolina, 25 - 00184 Roma
<http://www.lipaonline.org>

Traducción: *Javier Rubio*
Revisión: *Ana Hidalgo*
Maquetación y diseño gráfico: *Antonio Santos*

© 2015 Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 20028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-323-2
Depósito legal: M-15.619-2015

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

Introducción

El 7 de octubre de 2004, al empezar el año dedicado a la Eucaristía, el papa Juan Pablo II publicó la carta apostólica *Mane nobiscum Domine* –«Quédate con nosotros, Señor» (Lc 24, 29)–, que son las palabras de los discípulos de Emaús. Por el camino Jesús les iba explicando la verdad, y el corazón les ardía. Pero al final las palabras no bastan, y por eso dicen: «¡Quédate con nosotros!». Necesitan la presencia viva de la persona. Pensándolo bien, esta imagen es extraordinariamente moderna. La filosofía contemporánea apunta hacia el personalismo y se centra en la necesidad de ir más allá de las ideas abstractas mediante las relaciones con hombres vivos y concretos. Insiste en el contacto físico: la relación solo puede darse gracias a un cuerpo, una voz, algo concreto. Pues bien, la eucaristía se sitúa justamente en esta longitud de onda. Es el sacramento de la presencia personal de Cristo en todo lo que existe, en toda la vida, en lo que comemos y en lo que vivimos.

La eucaristía nos pone en contacto corporal con Jesús, en la dimensión del misterio. La eucaristía es una presencia viva incluso en las heridas de la historia. Jesús enseña sus llagas a los discípulos de Emaús, pero en ellas les muestra lo que no ven. Dice: ¿no entendéis que todo esto era necesario? Ante los dramas de hoy día, hemos de volver a descubrir la eucaristía en cuanto presencia del sacrificio de Cristo, actualización de su muerte y resurrección.

No es un concepto superado, pues vemos con nuestros ojos los calvarios de hoy. Pero la eucaristía es al mismo tiempo divinización: nosotros llevamos al altar un pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre, y recibimos a cambio el mismo pan, pero consagrado. Del mismo modo estamos llamados a llevar al altar nuestra vida, tal como es, y a recibirla nueva de manos de Dios. En la concreción de ese pan y ese vino está el secreto para transformar tanto nuestra vida personal como la historia humana.

Las páginas de este librito recogen los temas principales de la encíclica, contemplados tanto en la tradición de la Iglesia como en su aplicación concreta en la vida.

1. *Haced esto en memoria mía*

El signo del pan y el vino

«El hombre es lo que come». Este dicho, muy divulgado en tiempos modernos por los filósofos materialistas, siempre ha sido percibido de manera confusa por la conciencia humana. Ya en la antigüedad el hombre no solo reconocía que el alimento tenía un valor religioso, debido a la generosidad de la divinidad, sino que participaba en banquetes sagrados en los que, en cierto modo, creía entrar en contacto con los dioses.

También para los hebreos, al igual que sus pueblos vecinos, el alimento tenía un carácter sagrado. Los beduinos que viajaban por el desierto siempre corrían el peligro del hambre, mas tampoco estaban exentos de ello los campesinos ligados a la tierra. Los periodos de sequía, y sobre todo las incursiones enemigas, privaban a la gente del alimento necesario. Poder compartir con otros el alimento propio era considerado como un signo manifiesto de la bendición de Dios que no se le concedía a todos. Los cananeos, antiguo pueblo de Palestina, daban gracias por ello a la madre tierra. Los hebreos

daban gracias al Señor. Por eso, en los momentos en que el hombre se encontraba con Dios, también se compartía en una mesa ritual. Quien recibe el alimento como don de Dios se une con el Donador y surge la relación entre quien da y quien recibe. Los hebreos expresaban esto con sacrificios incruentos, con los que ofrecían a Dios los primeros frutos de la tierra. Al ofrecer alimentos a Dios, el hombre reconocía que nutrirse es un don suyo y que de Dios procede lo que posee.

Cuando se ofrecía a Dios el pan, el simbolismo era aún más evidente. El pan es el alimento de cada día. Reconocer que el pan procede de Dios es como decir: sin Dios no podría vivir. Y lo mismo el vino, que en los países del Mediterráneo es una bebida cotidiana.

La eucaristía, instituida durante una comida, es también un rito de nutrición. En ese contexto era natural que Jesús eligiese el pan y el vino como dones divinos de la vida, si bien en su caso se trata de la vida eterna. Los demás pueblos sabían que vivían porque se nutrían de pan y vino. Jesús le añade a esto algo nuevo: en el pan y en el vino que Él da está la vida eterna, está Él mismo: «Yo soy el pan de vida. El que venga a mí no tendrá hambre, y el que crea en mí no tendrá nunca sed» (*Jn* 6, 35).

Pero en Israel no solo el pan y el vino tenían un significado simbólico. Según la tradición de los pro-

fetas, el pueblo de Israel se compara con una vid fértil (cf. *Os* 10, 1). Dios es presentado como el viticultor que ha trasplantado la vid desde Egipto a la tierra prometida, la ha cultivado con mucho mimo y espera que le dé uva. Puede que la hermosa «canción de la viña» de Isaías (5, 1-7) sea la adaptación de un canto popular que se cantase durante la vendimia. Con esta imagen de la vid el profeta expresa el dinamismo de la relación entre el Señor y su pueblo elegido. El fruto de la vid es la imagen de lo que ha de producir la colaboración entre Dios y los hombres. Según el salmo 104 (v. 15), el vino da alegría. Es un signo de que Dios ha bendecido la tierra cultivada. En el Cantar de los Cantares el vino simboliza el amor entre el esposo y la esposa. Traslado al simbolismo religioso, indica el amor de Dios por su pueblo. Incluso el exceso en el beber vino, la embriaguez, resulta una imagen espiritual. Bebiendo la sangre, circula la vitalidad.

En la bodas de Caná, María exclamó: «No tienen vino» (*Jn* 2, 3), y ha sido interpretado simbólicamente como que el Antiguo Testamento ya no tenía vitalidad. Entonces el primer milagro de Jesús consiste en ofrecer vino nuevo, fuerte, que rompe los odres viejos (cf. *Mc* 2, 22). Pero Él da su mejor vino al final, en la última cena. Por eso el último milagro de Jesús se conecta con el primero: «Y os digo que desde ahora no beberé de este producto

de la vid hasta el día aquel en que lo beba con vosotros, nuevo, en el Reino de mi Padre» (*Mt* 26, 29). Entonces, si al beber el vino la sangre bulle y se manifiesta la vitalidad, en sentido simbólico esto vale también para el vino eucarístico. Al beber el vino en la ofrenda de la misa, «bulle» en nosotros la sangre de Cristo mismo. «Bebed de ella todos, porque esta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados» (*Mt* 26, 27-28).

En la última cena vemos además otro gesto de Jesús: parte el pan y ofrece el cáliz. Nada se hace por casualidad. Los hebreos habían mantenido las viejas costumbres de los nómadas. Del pan que se partía durante la cena podían tomar los miembros de la familia, los criados, los amigos y también los huéspedes que llegasen. Partir el pan con ellos significaba estrechar la amistad (cf. *Sal* 41, 10; *Jn* 13, 18).

En la comida compartida la familia se ampliaba y nacían nuevas relaciones. La comida, pues, era el momento adecuado para la reconciliación y para reforzar la amistad. Si el dueño de la casa quería honrar a alguien de manera especial, se levantaba de la mesa e iba a servirle. Así, por ejemplo, leemos que Abrahán, bajo la encina de Mambré, se puso a servir a tres misteriosos huéspedes (cf. *Gn* 18, 1-15). En esa ocasión recibió la noticia de que tendría un hijo y sería padre de una gran nación.